

Libros

LOS HIJOS DE YOCASTA

FEMINISMO Y PSICOANÁLISIS: UNA CUESTION DE DIFERENCIAS

por Aída Dinerstein

Entre el discurso psicoanalítico y el del feminismo, Christiane Olivier despliega un texto que, ni ardua reflexión teórica ni abrumante reivindicación, pretende ubicarse en un campo intermedio de saber intentando una postura, original, sin duda, rica en cuanto a los problemas que plantea tanto como problemática en las tesis que sustenta. Y en la concepción general que las orienta.

Desde su ser mujer a la vez que psicoanalista toma la palabra para, una vez más, recuperar el mito edípico pero esta vez centrándose en el personaje de Yocasta. Yocasta —la madre—, en torno a quien, según ella, ha reinado el más absoluto silencio. Que, nada ajeno al que relega también a sus hijas, condena a una y otras a la mudez. Porque, para Olivier, (y en esto asume una ya clásica consigna feminista), aun cuando la mujer habla, lo hace como muda en tanto sólo repite un discurso propuesto, sugerido y permitido por el hombre.

El propósito que guía este libro: subvertir ese orden establecido; que una mujer hable de ella y de las otras mujeres definiendo la femineidad con palabras de mujer, con conceptos e ideas de mujer. Que hable del hombre conceptualizando acerca de él desde una teoría que sea elaboración estrictamente femenina. Que una mujer, también psicoanalista, asuma como su deber escribir "el otro psicoanálisis", aquél en el cual haya un lugar para que el deseo femenino se diga, que reformule conceptos como "continente negro" para referirse a la vida sexual de la mujer adulta, o aquél de que "la libido es de esencia masculina de una manera constante y regular ya aparezca en el hombre, ya en la mujer", o esta

tan polémica aseveración freudiana acerca de la menor consolidación del superyó femenino y las consecuencias de esto en el plano de la sublimación. Tarea imposible de llevar a cabo fuera de un contrapunto con las coordenadas que definen al otro sexo así como con las modalidades que asume la relación entre ambos.

Es por eso que Christiane Olivier nos propone que, si un psicoanalista hombre, Freud, escribió la *Psicopatología de la vida cotidiana* "quizás nosotras tendríamos que escribir la 'psicopatología de la pareja cotidiana' tal como la vemos dentro y fuera de nuestro consultorio."

A la palabra original, en estado naciente, que surge tardíamente pero que está surgiendo al fin, la palabra femenina, el aporte de las mujeres psicoanalistas será, partiendo de Freud pero desechando todos sus prejuicios antifemeninos, repensar la teoría del inconsciente, actualizar el estatuto inconsciente de la relación hombre-mujer, intentar una puesta al día en base a la experiencia clínica de "lo femenino" y "lo masculino". Con el objeto de explicar este trastorno que, fruto de represiones, llevó a confundir lugar social con lugar sexual, develando los efectos sexistas en su origen en el inconsciente individual. Así como con el de proponer vías de solución a la relación de dominación que, en el plano social, ha favorecido a los hombres, siendo la mujer indemnizada de esta inaccesibilidad al poder con el premio consuelo de verse convertida en "la reina del hogar". Para ello, el análisis se centra en la figura

de La Madre, personaje primordial alrededor de quien se organiza lo femenino y lo masculino, fundamentalmente disimétricos. La Madre y la sombra que proyecta sobre la sexualidad de sus hijas e hijos, la madre real, aquélla que no deseando a su hija por no ser ésta complemento de su sexo, la condena, en su vida de mujer adulta, a una búsqueda hacia el hombre, siempre infructuosa, compensadora de amor y reconocimiento. Dificultad de la mujer que quedaría atrapada en las redes de la identificación, excluida de una ubicación en términos de identidad.

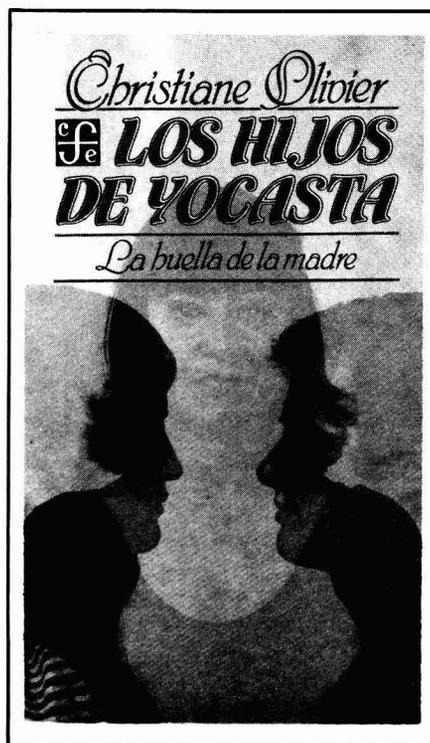
En cuanto al varón, su tarea será la de desprenderse del apoderamiento materno estableciendo una lucha a muerte con su madre que será desplazada a su relación con las otras mujeres. Fundamento de la típica misoginia masculina.

Demasiado deseo de la madre hacia su hijo varón, demasiado poco hacia su hija mujer (lo que explicaría el vínculo entre mujeres basado en la desconfianza y los celos), tendrá como resultado ubicaciones completamente opuestas en la estructura edípica, fundamentalmente insatisfactoria para ambos.

El padre, por su parte, hijo de una madre con quien nunca termina de resolver su relación edípica, y, ocupado como está en gozar de los privilegios que le otorga la jerarquización de funciones en el orden social, se desentiende completamente de la educación de los niños, de su crianza, tarea que queda primordialmente en manos de las mujeres. De esta manera, descuida el Edipo de su hijo (no opera una función de intermediación entre el niño y la madre) y hace imposible el de su hija (ya que, ausente, no ofrece a ésta el espejo de otro sexo en que ella pueda estructurarse como deseada).

En una aceptación crítica de las tesis feministas, C. Olivier insiste en profundizar los planteos que, a su juicio, se quedan en lo más superficial del sexismo, en sus efectos secundarios, para mostrar cómo éstos y el prejuicio sexista en general, se arraigan en el hombre desde la más temprana infancia, enraizándose en el inconsciente.

Para la autora, en la organización actual de la familia, el inconsciente sólo se estructura alrededor de la Madre, con los efectos ya señalados. Es necesario que las mujeres deleguen el poder que ostentan en la familia para poder acceder al poder en la cultura y en la sociedad. Inversamente, el hombre deberá compartir su actividad pública con un mayor compromiso en lo atinente a las funciones familiares y la educación de los niños. Entre el discurso



psicoanalítico y el del feminismo, como la misma autora lo hace, definíamos al inicio de esta nota, el espacio teórico en que se ubica este trabajo. Y ese es el punto en que comienzan los problemas.

Ninguna duda cabe de que en el plano político e ideológico, las reivindicaciones feministas son justas y legítimas. Tampoco de que, exceptuando algunas exageradas diatribas antimasculinas, la descripción y denuncia que se hace de la discriminación sexista hacia las mujeres lamentablemente corresponde a lo que efectivamente sucede en la mayoría de las organizaciones sociales. Y que todos, hombres, mujeres y niños, resultarían beneficiarios de una democratización de la vida cotidiana y de las relaciones familiares. Por otra parte, en lo que atañe al campo específicamente psicoanalítico, no podemos desconocer la enorme importancia que tiene el profundizar la investigación sobre el papel de la madre en la constitución inconsciente, de los efectos que promueve, como objeto del deseo incestuoso (para los dos sexos) en la asunción de la identificación sexual, de la influencia, en fin, que despliega en las diferentes formas de patología.

Sin embargo, como psicoanalistas, nos incomoda en la lectura de este libro, una articulación de los conceptos propios de esta disciplina, rebajados de su carácter de estructura para verse convertidos en una descripción, entre psicológica y sociológica, de comportamientos, emociones, prejuicios y conflictos. La diferencia de los sexos el psicoanálisis la piensa como una diferencia de estructura. De allí se funda otra, la del Edipo, que ordenará la ubicación de los sujetos en hombres y mujeres. Hablar de diferencia sólo tiene sentido para un sujeto hablante y es ésta, la falta de referencia a la dimensión fundante de la palabra, la que descoloca los planteos que la autora formula de una rigurosa definición según los ejes teóricos del campo al que dice pertenecer. No podemos seguirla cuando justifica en investigaciones médicas o sexológicas el predominio de ciertas zonas erógenas en detrimento de otras (la famosa crítica al pretendido orgasmo vaginal) ya que, sin desconocer la justeza del aporte científico en relación a la fisiología sexual, el psicoanálisis se ha cansado de demostrar que el cuerpo de que se trata, para la sexualidad humana, no es otro que uno afectado por la dimensión significante.

Tampoco cuando describe la estructura edípica y las identificaciones que en ella se producen como modelos a seguir o imágenes de complementación, a la manera de un espejo que un sexo tendería al otro.

Madre y padre en psicoanálisis designan posiciones del deseo, no funciones o roles sociales. Y, si hablamos de posiciones deseantes, es otra la historia que está en juego, una que compromete ineludiblemente el núcleo estructurante de lo simbólico. Si, para el inconsciente, la diferencia femenino-masculino no encuentra su razón en la biología, tampoco será, simplemente, en una distribución diferente de roles, donde se la pueda fundamentar. O actualizar.

La diferencia de los sexos es efectivamente una diferencia conflictiva, generadora de malestar pero también de cultura. Decir que la diferencia de los sexos es de estructura no justifica, por supuesto, concluir de ello en un desplazamiento —éste sí, justificado en motivos de otro orden (ideológicos o políticos)— diferencia que supone privilegios o necesariamente relaciones de dominación. Pero tampoco nos autoriza a lo contrario: a enrolarnos en la ilusión de una posible armonía. El deseo inconsciente reconoce una legalidad que le es propia y revela una paradójica, y a veces insoportable, verdad. No parece fácil, quizás ni siquiera posible, ordenarlo según reivindicaciones que corresponden a otro campo y que, para conservar su legitimidad, deberán formularse según las modalidades discursivas pertinentes. ♦

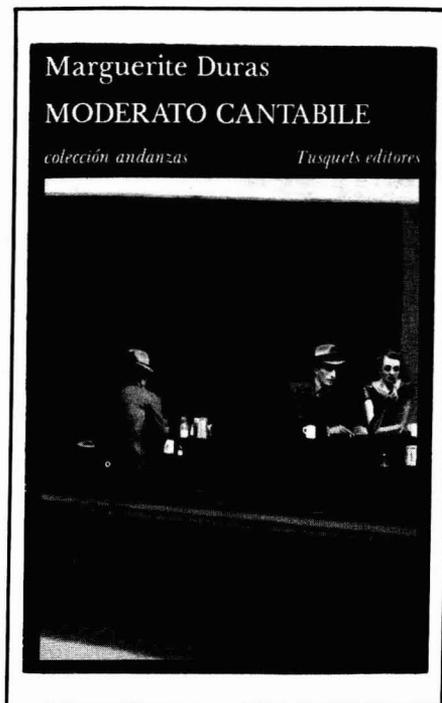
Christiane Olivier, *LOS HIJOS DE YOCASTA. La huella de la madre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, 254 págs.

MODERATO CANTABILE

PARA REEMPLAZAR EL DESEO

Por Anamari Gomís

La teoría del compromiso, tan significativa para la escritura existencialista de los años 40, fue reemplazada durante la década de los 50 y los 60 por el problema de la percepción. El "nouveau roman" comparte este último interés, en relación a la manera en que se percibe la realidad a través de la escritura, mientras se rechazan las convenciones genéricas. Surge así la "literatura de la atestiguación" que, en su momento anunciada por Ronald Barthes, declara la muerte del personaje, de la intriga, de las tensiones psicológicas y filosóficas e incluso pide que el autor se olvide de sí



mismo, que incluso se aniquile (en provecho de lo que nos hace ver, ya Flaubert había intentado crear la "ilusión" de la ausencia del escritor). El mundo, entonces, se inmoviliza en razón de los objetos. Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute, Michel Butor intentan sorprender el universo de la "cosa en sí". Dice la Sarraute: "En torno nuestro, desafiando la jauría de nuestros adjetivos animistas o domésticos, están las cosas. Tienen la superficie neta, lisa, intacta, pero sin brillo equívoco ni transparencia". Y en esa forma pura, intacta inciden los novelistas del "nouveau roman". *Le Planétarium* de la escritora citada trata de la compra de unas sillas y de un intercambio de apartamentos. *Le dîner en ville* de Claude Mauriac es una larga, insignificante conversación durante una cena en París (*). *Le Square* de Marguerite Duras formula un dilatado diálogo entre un hombre y una mujer sentados en una banca. Sin embargo, aunque la Duras puede apa-

(*) Muy diferente del texto de Mauriac resulta la obra *My dinner with André*, escrita al alimón por un director de teatro, André Gregory, y un actor y escritor de piezas teatrales, Wallace Shawn. Louis Malle la llevó a la pantalla a principios de los 80. El escenario es un restaurante elegante de Manhattan. Los personajes están representados por los mismos Gregory y Shawn, puesto que los personajes se llaman como sus actores. André Gregory, el carácter, es un experimentadísimo director teatral y escritor que busca los significados de la vida y de las revelaciones espirituales. Wally Shawn, el personaje, es un actor y escritor de obras teatrales, preocupado por cómo pagar el recibo del teléfono y la renta de su departamento. Los dos caracteres conversan, se escuchan, se encuentran. Creo que no he visto un filme más subyugante y no hay más acción que la de la cena. Mientras la novela de Mauriac dice poco, *My dinner with André* reproduce la geografía psíquica de los dialogantes y pone en juego la del espectador.